

Nueve hombres y 33 mujeres de **China** desembarcaron en Uruguay para estudiar español, un desafío que escapa a lo idiomático y coloca al choque cultural como una de las características más impactantes.

Los orientales eran 42



EL ESPAÑOL A DOS DÍAS DE VIAJE EN AVIÓN

Aprender español en China es un lujo que pocos se pueden dar. La dificultad gramatical y la riqueza de la lengua de Cervantes es un desafío para los estudiantes orientales que deben modificar desde los trazos hasta la forma de estructurar una oración. "Si bien ellos (los chinos) son muy buenos en la enseñanza de la gramática, no hacen hincapié en el habla y eso les dificulta mantener en forma fluida una conversación en español", explica la docente María del Carmen Azpiroz. Los 42 alumnos que llegaron de intercambio a Uruguay por nuevos meses, cursan la Licenciatura en Español. Se trata de una carrera de cuatro años: los dos primeros y el cuarto en Harbin (China) y el tercer año en el extranjero. Una vez graduados podrán trabajar en docencia, traducción, ser los negociadores en empresas que instaladas en la región hispanohablante o crear sus propios institutos.

TOMER URWICZ

Once horas más y unos 25 grados menos. Así está Harbin, en la otra punta del globo, a esta altura del año. Una ciudad al Noroeste de China, conocida por sus bajas temperaturas, el festival de esculturas en hielo y el estudio del mandarín estándar. Desde allí vienen Valentín, Yolanda y Lucía, tres de los 42 estudiantes chinos que realizan nueve meses de estudio de español en la Universidad ORT Uruguay.

Llegaron a fines de agosto, tras más de dos días de vuelo. Sus conocimientos sobre Uruguay eran lo poco que pudieron rastrear en Internet y lo que les contó algún docente sudamericano en la Universidad Pedagógica de Harbin, donde cursan la carrera de Licenciatura en Español.

¿Tres millones? Nadie lo podía creer. Ninguno de estos 42 chinos imaginaba cómo sería un país con tan poca población. No dejaba y no deja de sorprenderlos los enormes lugares vacíos, los campos sin casas y la posibilidad de gritar en la rambla cuando están tristes sin que nadie se entere.

Es que allá, en Harbin, hay unos 11 millones de habitantes, "nada en comparación con toda China", dice Valentín (o Liu Junfeng por su verdadero nombre en chino). Pero por más cantidad de personas (es el país más poblado con más de 1.300 millones) y a pesar de ser la segunda economía del mundo, la influencia oriental que encuentran estos estudiantes en Uruguay es muy poca.

Unos 300 chinos residen en el país, según los datos de la Dirección Nacional de Migraciones aportados a la Embajada de China en Uruguay. Los intercambios culturales son mínimos. Por año cuatro uruguayos viajan a estudiar en una universidad mediante un convenio de cooperación y, cada tanto, llega algún profesor de ping-pong a entrenar a la selección local. De ahí el impacto que generan estos 42 alumnos en cada lado que van.

Es verdad que varios de ellos tienen un parecido. Son más bien delgados, con cabello oscuro y no muy altos. Pero las generalizaciones los irritan. "¿Sabés el baile del caballo?". Eso es lo primero que le

pregunta un joven uruguayo a un chino, dice Yolanda (Zhao Bowen). La fastidia. "Se piensan que somos coreanos o japoneses", cuenta. Luego las charlas se derivan a asuntos de comidas, uno de los aspectos que más extrañan. De todos modos, les gusta la uruguayo, que cocinan una vez por semana.

"El asado es muy rico", afirma Valentín, "pero hay poca variedad de comida y falta el picante". De hecho, el traje desde China unos "hongos negros" y varios compañeros se negaron a probarlos por temor. Los valientes quedaron "fascinados". Eso sí no suele gustarles el café con leche y para el desayuno prefieren panchos.

Cuando están en la residencia estudiantil donde vive la mayoría comen con los clásicos palitos, pero se adaptan con facilidad a los protocolos occidentales en los demás sitios.

Lo que jamás pudieron acomodar son los horarios. Se acuestan temprano (como tarde a las doce de la noche un fin de semana) y nunca se levantan después de las nueve de la mañana. ¿Por qué? "En la universidad china les cortan la luz e Internet a las diez de la noche, por lo que no tienen lo que hacer más que dormir", explica la docente María del Carmen Azpiroz, responsable del intercambio.

Aún así la empatía entre uruguayos y chinos fue de menor a mayor. Organizan fiestas con karaoke conjuntas (uno de los entretenimientos más populares en China) y han viajado por todo el país. Cada estudiante extranjero tiene un padrino a cargo que lo ayuda en la integración y le facilita el vínculo a las tradiciones uruguayas.

FAMILIA. Si hay algo que Valentín extraña es a su familia. Aquí, en Uruguay, se fue a vivir a la casa de un compañero de generación, en lugar de permanecer en la residencia de Pocitos junto a los otros estudiantes chinos. Se mudó porque su integración con los montevideanos fue "excelente". Conoció varios departamentos del país, presenció un recital en vivo de No Te Va Gustar y ya se hizo hinchada de Peñarol, equipo que va a ver al Estadio. Pero la distancia de sus seres queridos es lo que más lo inquieta y angustia.

En buena medida el ingreso de estos



SEAN TAN ILUSTRADOS COMO DISCIPLINADOS

Para intervenir en la clase piden permiso con la mano, no hacen públicas sus discrepancias salvo que exista mucha confianza y les cuesta el trabajo en equipo a pesar de pertenecer a un régimen colectivista. Los estudiantes chinos tienen sueños e intereses similares a los uruguayos, pero dentro del aula se comportan en forma distinta. "El profesor es la jerarquía", explica la docente María del Carmen Azpiroz, quien dictó clases en Harbin. "Aquel que les enseña una vez es como si les enseñase para toda la vida" y, por tanto, es considerado como un "ejemplo moral". Tal es así que los estudiantes buscan por todos los métodos acercarse a los docentes y contarles sus miedos (incluso familiares). "No es extraño que un profesor salga a cenar con los alumnos y que al día siguiente el trato en clase sea con el mismo respeto que siempre. Han sido educados así", cuenta Azpiroz. La presencia de profesores extranjeros es aún más llamativa. Pocos son los estudiantes chinos que han salido de su país alguna vez, incluso muchos nunca estuvieron fuera de su provincia, por eso al llegar un "docente sudamericano le sacan fotos y le hacen todo tipo de preguntas". Lo que sí no es de

extrañar es verlos estudiando a toda hora. Su disciplina académica es indiscutible. Todos los estudiantes chinos deben salvar el examen considerado más difícil del mundo para acceder a la universidad. Se trata de una prueba de dos días en los que se paraliza el país, se cierran las calles, se exige silencio para no desconcentrar a los alumnos y las familias se juegan buena parte de su suerte según cómo rinda el joven. Se evalúan los contenidos de todo el ciclo escolar. "Esa es una diferencia con el sistema educativo uruguayo. Desde el vamos los alumnos saben que desde primero de escuela están preparando ese examen que determinará a qué universidad podrán cursar", explica la docente. Una vez ya adentro de la universidad pasan a vivir allí mismo. Tienen cursos desde las ocho de la mañana a las seis de la tarde. Por las noches repasan algún deber, chequean correos y navegan por el Facebook chino hasta las diez, cuando se apaga la luz y la conexión a Internet. La exigencia es tal que hay veces en que los alumnos se duermen en clase, lo que no es tomado como una falta de respeto ni es sinónimo de que la materia sea muy aburrida.

jóvenes a la universidad significa un moñón para sus familias. Estos chicos de veintipocos años cargan con la presión de "salvar" la situación de sus allegados. "Esto no quiere decir que ellos vivan en situación de pobreza o que sean hijos de campesinos", explica Azpiroz. Ésta, en todo caso, es una imagen quedada en el tiempo.

"Harbin es una ciudad muy moderna y con una infraestructura sorprendente", cuenta la docente, quien trabajó allí dos años. "Estos jóvenes chinos son de otra generación y quieren disfrutar la vida. Son muy trabajadores, perseverantes, tienen una carga familiar importante, pero China está en una situación económica en auge y quieren tener celulares, viajar, salir con amigos y darse los mismos gustos que los occidentales".

Les impactó, incluso, el retraso de algunas zonas de Uruguay y Yolanda reclama. "Hay mucha casa de perro en la vereda, en China eso no pasa".

REGRESO. Valentín es hijo de un funcionario público y de una madre jubilada en una empresa de análisis de la calidad del agua. El padre de Lucía (Mu Lin Lin) también trabaja para el Estado y su madre es ama de casa. Los de Yolanda se desempeñan en una fábrica y en una tienda al estilo bazar. Hermanos no tienen, explican, por restricción del gobierno.

Aún así ellos sienten que viven en un país que cada día los trata mejor. "El régimen no es tan ajustado como creen los uruguayos; hay libertades", dice Valentín. Lucía insiste que le molesta cuando le preguntan: "¿Los chinos son felices?".

Lo claro es que Uruguay les "encantó" y ya planean llevarse algunos recuerdos concretos. Valentín le comprará una amatista para su madre. Yolanda cargará la semilla de un ceibo para plantar en su casa. Y Lucía algún libro de Mario Benedetti u Horacio Quiroga.

Cuando terminen su carrera quizás algunos de estos 42 estudiantes (33 mujeres y 9 hombres) vuelva a Uruguay. Quizás Valentín lo haga como encargado en español de las negociaciones de una empresa china. A lo mejor Yolanda traducirá algún autor uruguayo joven, de esos que leyó en alguna madrugada en Montevideo, cuando acostumbrada a la temperatura bajo cero de Harbin el calor del verano no la dejaba dormir. O, por ahí, Lucía será la docente de mandarín para algún uruguayo que se anime a desembarcar en la otra costa oriental.